

¿Palestinos en la Habana?!

Lourdes Chacón Núñez
Psicóloga
Manzanillo, Cuba

Hay una coincidencia rara en este asunto del tipo antropológico del palestino. Filisteos, (*pelishtim*, en hebreo) o *Filastin*, según los musulmanes, deriva en palestinos y Palestina, para dar nombre a toda una región en disputa. Jerusalén, su centro cultural y religioso más importante, es también centro de tres de las religiones más importantes: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo.

Por su lado, Santiago de Cuba fue la primera zona prevista como capital de la Isla y da nombre al país. No fue centro de ninguna religión, por supuesto, pero es el centro fundamental que vincula a Cuba con el resto del Caribe y le da fisonomía cultural, sin la cual el cosmopolitismo y la diversidad religiosa y cívica de la nación enflaquecerían.

Si Palestina está en medio del cruce entre Oriente y Occidente, y tiene un poco de los dos, Santiago de Cuba está en la confluencia entre España y el resto de Occidente, y comparte la cultura que nos viene de ese país y la que nos viene de Francia e Inglaterra, Haití y Jamaica.

La riqueza de ambos territorios, Palestina y Santiago de Cuba, y la importancia para sus respectivas regiones, el Medio Oriente y Cuba, está debilitada por el racismo con el que son tratados estos territorios: una zona que pretende ser un Estado nacional, en el primer caso, y otra que constituye la segunda provincia en importancia de un país. Los palestinos sufren el racismo de los judíos y también de muchos árabes; los santiagueros cubanos, el racismo del resto de la nación y del lado de algunos orientales, como los holguineros.

Palestinos designa en Cuba, racistamente, a un grupo humano considerado inferior y, por tanto, perdedor en el duro proceso de la cultura universal. Por extensión cultural se emplea, como derivado de la connotación mediática y universal de los palestinos históricos y de su fijación en la subjetividad global. Palestino significa, en su acepción racista: pueblo errante, violento, inseguro, culturalmente inferior, dependiente e incivilizado, poco dotado para las buenas costumbres, fuertemente marcado

por el sentido de la provisionalidad, con profundo complejo de inferioridad y destinado a ser dominado por otras culturas. Al menos ése es el significado que el término adquiere en Cuba, como reflejo de que el racismo tiene que ver más con el sentido de superioridad y discriminación basado en rasgos culturales que en el color de la piel o en la raza.

Antes de 1959, el racismo se expresaba como supuesta superioridad cultural coincidente con la raza o el color de la piel, que se reflejaba, entre otras cosas, en el intento de evitar la mezcla, al menos en el tramo superior de la élite blanca. Todo lo demás se quedaba en los límites del regionalismo histórico, que no era racismo, porque no pretendía superioridad, sino exclusivismo en el disfrute del territorio. Un regionalismo debilitado poco a poco por el ferrocarril y la posterior carretera central, y por el fuerte sentido de unidad política que nos viene de un Estado unitario. Pero que el regionalismo derive en racismo es nuevo. Si las circunstancias, fundamentalmente económicas, hicieron que el primer intento de convertir a la villa de Santiago de Cuba en capital del país se perdiera cuando la villa de San Cristóbal de La Habana se estableció definitivamente como centro de la actividad política, económica y cultural de la Isla, ello no significaba necesariamente que el oriente de Cuba llegara a ser percibido con la fuerte connotación racista con la que es visto hoy.

Algo sucedió en el camino para que esta región, rica en tradiciones, cuna de nuestra nacionalidad en más de un sentido, que dio vida a ilustres artistas, pensadores y estrategas, sea considerada, fundamentalmente en La Habana, como la Palestina de Cuba. Un doble racismo, por cierto, que discrimina a los palestinos históricos a través de los nuevos palestinos culturales.

¿Qué ocurrió?

Cuba es un país subdesarrollado, con marcada desproporción entre el nivel de vida de los que habitan en el occidente y oriente del país. A pesar de que la capital ha sufrido evidente deterioro, continúa siendo el polo más atractivo entre todas las demás regiones, principalmente con respecto a la zona oriental. Si sumamos que la mayor población negra y mestiza habita en esta zona, podemos entender la fuerte movilidad que se crea desde el "Oriente palestino", hacia la capital, sobre todo en los estratos más bajos y culturalmente menos favorecidos. Se genera así este problema: los negros o negras orientales que se instalan en la Habana, por una u otra razón, tienen que enfrentar doble discriminación: la que sufren todos los negros, ya sean habaneros u orientales, y la que sufren todos los orientales, ya sean blancos o negros. Tan es así que en La Habana circula el refrán peyorativo: «negro, oriental y mierda, es lo mismo».

Pudiera escribirse ya todo un libro titulado *Vindicación de los orientales*. Aquella movilidad desproporcionada provocó y sigue provocando una reacción en los habitantes más o menos históricos de la capital, que unió el racismo tradicional al viejo regionalismo para producir una versión particularmente virulenta de racismo, con mezcla de las naturales diferencias culturales entre regiones, el racismo cultural basado en la raza, las diferencias de clase y el ejercicio y las prácticas de poder. Esto que denomino nuevo racismo es mezcla potencialmente explosiva, que está generando en La Habana incomunicación cultural y ahondando las antiguas diferencias regionales entre oriente y occidente.

El conflicto puede ser difícil de manejar por una razón específica. Los que actualmente habitan en La Habana no parecen darse

cuenta de que la capital es un sitio cosmopolita y se conducen con el mismo tipo de regionalismo provinciano que afecta a otras regiones del país, porque muchos de los habitantes de La Habana son parte de los «nuevos conquistadores» que arribaron en los inicios de la revolución y se comportan en La Habana con la tradición heredada del regionalismo de origen. La élite capitalina es, en su mayor proporción, de origen palestino. Y la conducta habitual de los que llegan primero, no sólo en Cuba, es intentar cerrar, o lograr cerrar la puerta efectivamente para los que vienen después. Un fenómeno que se manifiesta también en los Estados Unidos.

Es curioso que el término palestino obtuviera su carta de naturaleza cuando Fidel Castro le dio el empujón mediático y político a principios de la pasada década de los 90, en momentos en rechazó públicamente el constante y masivo arribo de orientales a la capital. Curioso doblemente: primero, porque él mismo fue un recién llegado en su época, y segundo, porque es originario de la región oriental más racista del país: la provincia de Holguín.

Por esta razón los holguineros deben ser exceptuados del término palestinos. No emigran a la capital con la misma afluencia, son distinguiblemente blancos y tienen relativa

solvencia económica: Holguín es un polo turístico destacado, sus habitantes tienen conexiones con familiares en el exterior y, además, tienen orgullo cultural que viven como superioridad sentida sobre el resto de la región. La connotación política cultural del término palestino navega hoy día dando coletazos peligrosos por todo el país: ya se identifica con el ejercicio de la autoridad punitiva (el gobierno, el ejército y la policía) y crea un sentimiento cruzado de aristocracia y dominio que afecta la unidad cívica del país en su importante base cultural.

Corremos el riesgo de que en el futuro este nuevo racismo adquiera autonomía en la expresión subjetiva de la gente y sea factor de división que dañe la unidad diversa de Cuba. Es peligroso e interesante explorar, al mismo tiempo, cómo este nuevo racismo acentúa las diferencias naturales en el habla y en su acento como modos de marcar la distinción y la superioridad. Un asunto que indica la posibilidad de que tengamos nuevos y viejos racismos combinándose. Cuando el racismo logra petrificarse en su sustento básico: los rasgos de la cultura, empleando como arma las diferencias que deberían ser vistas como riqueza, tenemos entonces racismo para rato. Ningún palestino merece correr esta suerte: ni los históricos ni los culturalmente inventados.